

LOLITA

Entré en el café y me senté en mi sitio de siempre. Abrí el libro de alemán y comencé a diseccionar los kilométricos vocablos al buscarlos por el diccionario. Levanté mis ojos de la disección y unas manos llamaron mi atención. En frente de mí había una joven con aspecto de haber dejado hacia la adolescencia. Sus manos eran bonitas. Eran agraciadas, inequívocamente de una mujer. Comparé sus manos con la mías. Las mías no es que fuesen feas. También eran bonitas, pero, a diferencia de las suyas, bien podían parecer también las de un hombre. Sus manos acariciaban “La Gaviota” de Chejov. A esa misma edad, entre mis manos, se encontraba “Resurrección” de Tolstoi. Mis ojos siguieron por su cuerpo hasta llegar a la cabeza. Llevaba una coleta que recogía su pelo oscuro, era rizado y no excesivamente largo. Pensé que yo también me recogía el pelo, las escasas veces que lo llevaba largo, en una coleta similar y que mi peluquera me reñía diciéndome que lo peinaba con muy poca gracia. Su cara era ovalada. La mía, más bien, angulosa. Sus pómulos eran como dos cerezas. Los míos, marcados como los de un hombre. Tenía unos labios carnosos en forma de boca de piñón. Mis labios, por el contrario, eran finos, más propios de una fisonomía masculina. Su expresión tenía un encanto perverso. La mirada decía pocas cosas, por lo menos desde donde yo la contemplaba, y tenía cierto aire de deliciosa estupidez propia todavía de la adolescencia. Mi mirada era penetrante. La penetraba y pensaba que

sus ojos no decían nada. ¡ Qué mayor perversión que unos ojos bonitos que no hablan! Cualquiera hombre pensaría que estaban por escribir. Sus paletos eran grandes y le asomaban por sus labios en un alarde de sensualidad.

Su presencia me conmocionó desde el primer día. ¿ Tendría algo en la cabeza? Apuesto a que una de sus aficiones era escribir. Sin embargo, no me la imaginaba creando una obra genial. En el mismo instante que la vi, la bauticé con el nombre de “Lolita”, “Mi Lolita”.

Lolita era perversamente encantadora. No tenía la zafiedad de la de la novela. Su zafiedad, si había que encontrársela, estaba en su enorme trasero, desproporcionado para su figura. No era excesivamente alta. Pero, ¿ por qué me conmocionaba esa presencia? ¿Por qué me hablaba tan alto? ¿Por qué me comparaba con ella desde el primer momento? Observé en Lolita , desde el primer día , que, también por el contrario a la de la novela, quería mostrarse como una mujer interesante, singular.

Pasaron varias semanas y cierto día ,al entrar en el café, un milagro se produjo. Allí estaba Lolita, mi Lolita, nada más y nada menos que ocupando mi sitio de siempre; la mesa del fondo ,cuyo respaldo era una media luna dibujada sobre un fondo azul de madera, salpicado de blancas estrellas resplandecientes. Entonces pensé que Lolita y yo éramos como dos lunas. En cierto modo, una el espejo de la otra. Lolita estaba acompañada de un joven estudiante extranjero. Me senté en una mesa próxima a la de ellos y agucé el oído. El joven estudiante y la luna recién

descubierta de mi universo hacían un tándem. Lolita se expresaba en inglés con gran fluidez. Observé cómo su encanto perverso se desplegaba en su pronunciación inglesa. Se expresaba con un acento sofisticado y acariciando suavemente las palabras. Me la imaginé acariciando a un hombre con la misma sensualidad con la que hablaba. En mis clases de alemán en el instituto, las pocas veces que abría la boca, decían que tenía un acento austriaco. Entonces me imaginaba yo ser la Sisí que daba saltos ,como una cabra loca, por los montes de Austria en el famoso pastelón de película . Todavía me acuerdo cuando, a los catorce años, me entusiasmaba la Sisí de Romy Schneider y cómo, ilusionada, se lo hice saber a mi padre para caer en una enorme desilusión. Éste me dijo que no era de chicas cuerdas andar dando saltos por los montes de Austria. Que Sisí Emperatriz, si es que había sido como la de la película, era una auténtica majadera. Mi heroína, la excéntrica, cándida y rebelde Sisí, que era lo mismo que decir yo misma, era una auténtica loca de atar a los ojos de mi padre. Desde ese instante me di cuenta de que mi padre siempre me había dado a entender que mi actitud ante la vida no era normal. Que era un temperamento incontrolado e impredecible.

Lolita y Sisí. Sisí y Lolita¿ Tendría la Lolita de Nabokov algo de Sisí?¿Tendría la Sisí histórica algo de Lolita? Las dos eran aniñadas y con una mente superior. Lolita manipuladora y a la vez manipulada. Sisí al menos tal como se nos presenta, parecía ser siempre una víctima y no un

verdugo. Una víctima, que ,sin embargo, siempre ejerció el privilegio de hacer lo que le dio la gana, a pesar de las grandes restricciones que la vida le impuso. Lo cierto es que las dos eran mujeres que habían inspirado más de una obra de arte. Sin embargo, pensaba que mi Lolita era una Lolita descafeinada. No me la imaginaba con el suficiente gancho como para llevar hacia la desesperación a un hombre interesante. Un pálido reflejo del personaje de Nabokov. Una Lolita de la era de la postmodernidad . Su presencia era una pálida evocación . Bueno, es evidente que yo tampoco era una auténtica Sisí. Era obvio que no había nacido precisamente en un palacio y que jamás ayudaría a resolver en mi vida ningún conflicto diplomático. Más bien ,de darse en caso, crearía unos cuantos.

Una tarde lluviosa me encontré a Lolita en el otro extremo de un semáforo. Lolita observaba mi indumentaria con una expresión un tanto divertida. Yo llevaba un poncho de colores y una gorra de lana en la cabeza. Ella iba con su acostumbrada coleta y un convencional chubasquero verde. Cada una reparó en la otra. Cada una observó a la otra con una mezcla de recelo y curiosidad. Lolita rompió el instante con un ademán infantil. Elevó la cabeza al cielo, como hacen las niñas pequeñas cuando quieren distraerse, no sin cierta coquetería y pretendido gesto de originalidad.

Una semana más tarde entré , como de costumbre, en la cafetería. Estaba sentada otra vez en mi sitio. Parecía que me lo había usurpado por el

poder que le daba un relevo generacional. La debía de llevar catorce años. Me senté en la mesa de al lado y volví a aguzar el oído. Esta vez estaba acompañada por dos estudiantes de su edad. Uno, extranjero y el otro, español. Los dos estaban sentados en frente de ella, atentos al derroche de su encantadora presencia. Ella les decía que era una persona muy puntual y que tenía una cita, con lo cual tenía que marcharse ya, si no quería llegar tarde, lo cual provocó cierta decepción en sus adoradores masculinos. Lolita les dijo en un acto de narcisismo que no parecía una chica española, no sólo por ser puntual, sino por casi todo. Sin duda alguna, quería mostrarse como una personalidad singular. Todavía recuerdo a alguno de mis profesores del instituto no dejándome entrar en clase las veces que llegaba tarde, que eran casi todas. Todavía recuerdo esa impuntualidad tan mía de la adolescencia. A veces era tan impuntual que, gracias a Dios, ni siquiera llegaba a las clases.

Pasaron las semanas y otro día volví a verla en la cafetería. El hecho de encontrármela ocupando mi sitio ya no me sorprendió. Ya me había resignado a ello. Como siempre, me puse en la mesa de al lado. Me enfrasqué en la lectura de McCullers, no sin dejar de observar el cuadro creado por el perverso encanto de Lolita. Un grupo de hombres estaba en la barra del bar, observándola desde la distancia y sonriendo de forma estúpida. Sin duda alguna, esas sonrisas estúpidas, lanzadas de forma intermitente hacia su figura, mientras comentaban sus encantos, eran

manifestación del poder que ejercía esa jovencita de aureola perversa. Ese día no le lancé ni una sola mirada. Hice como si no existiera, lo cual la irritó, pues estaba acostumbrada en nuestros numerosos encuentros a captar también mi atención. Recuerdo, un día, su expresión de cierta satisfacción cuando vio que la estaba mirando al ir hacia el que era mi nuevo sitio por el ejercicio de su tiránica usurpación. Esta vez, por el contrario, Lolita cogió sus cosas, con cierta vehemencia, y se marchó un tanto desairada.

Pero, ¿por qué había aparecido esa Lolita en mi vida? ¿Por qué iba al mismo bar que yo, por qué se sentaba en mi mismo sitio, por qué tenía esas mismas ínfulas de originalidad, por qué nos mirábamos con mezcla de curiosidad y recelo? ¿Era la casualidad de la vida o eran nuestras semejanzas las que nos habían hecho coincidir en un mismo espacio? ¿en que se parecía una Lolita a una Sisí, si es que se parecían en algo? Las dos eran extrañas. Cada una era todo un personaje.

No me imaginaba a mi Lolita escribiendo sobre mí, ni tampoco ideando una obra genial. Sin embargo, yo sí me veo creando una obra grande, muy grande, aunque déjeme disculparme, querido lector, de mis elevadas metas como escritora y decirle que este relato, ciertamente, no engrosaría mi selección de los mejores.